

Sobre *La capilla de los niños* de Javier Sahuquillo

**IGNACIO GARCÍA MAY**

La idea arquetípica del historiador es la de un sabio despistado y extravagante, con las narices siempre metidas en antiguos y polvorientos legajos, que vive al margen de la realidad porque está demasiado ocupado dilucidando dónde estaba realmente Nerón cuando ardió Roma, o intentando traducir la correspondencia secreta entre el Delfín de Francia y el Arzobispo de Orleans.

Pero esta imagen es falsa: por el contrario, quienes eligen el estudio de la historia como forma de vida suelen ser personas profundamente interesadas por el aquí y ahora, que buscan en el pasado las claves que permitan entender el mundo de hoy.

Herodoto, padre de la historiografía, fue un impenitente viajero que, como los grandes reporteros, necesitaba el contacto directo con las otras sociedades para poder empezar a entenderlas. Tucídides fue soldado mucho antes que erudito, y padeció las penurias del exilio. Marc Bloch formó parte de la Resistencia francesa y fue torturado y fusilado por ello. Frances Yates se vio obligada a trabajar como enfermera durante la II Guerra Mundial y, consciente de la forma en que los totalitarismos intentaban alterar la historia, fue, terminado el conflicto, una de las propulsoras de una historiografía interdisciplinar e internacional. Jacques LeGoff militó activamente en el partido socialista francés. Spengler fue defensor de una dictadura conservadora, e intentó crear, sin éxito, su propio partido, pero al mismo tiempo se enfrentó contra los nazis. Regine Pernoud y Jacques Heers, que en principio parecerían más cercanos a la caricatura antes citada del historiador encerrado en su trabajo, estaban muy al tanto de lo que se publicaba diariamente en periódicos y revistas, así como de la actualidad televisiva, y basaron sus respectivos y muy didácticos enfoques en eso. Ni Karl Marx ni Denis de Rougemont fueron, estrictamente hablando desde el punto de vista académico,

historiadores, pero ambos compusieron obras históricas de gran valor. De Marx no es preciso añadir nada: su influencia en la sociedad moderna es, permítaseme el juego de palabras, capital. De Rougemont, autor del imprescindible volumen *El amor y occidente*, fue uno de los colaboradores de la CIA durante la Guerra Fría. En fin, la maravillosa Fred Vargas, medievalista y arqueozoóloga, es activista ecologista y escribe novelas policíacas que le han permitido dibujar un completo panorama de la Francia actual.

Javier Sahuquillo es licenciado en historia y tiene un máster en historia contemporánea. Y responde a lo dicho hasta aquí: para él, la historia es el archivo donde rastrear posibles respuestas para problemas actuales. Porque todos los historiadores saben que no existe la originalidad; que los comportamientos humanos se repiten eternamente con decepcionante cabezonería. En *España con honra, España sin Rey*, la aventura frustrada del general Prim le sirve al autor para invocar la crisis de nuestro propio sistema y los tejemanejes que lo rodean; en *Alimento para mastines* es otro general, Robert E. Lee, quien se convierte en tenebroso heraldo de un caos atemporal que es el de la Guerra Civil Americana pero también el nuestro. *La capilla de los niños* no tiene generales, pero sí nos enfrenta con la historia; la más cercana, que es siempre la más dolorosa. En este texto magnífico, Javi Sahuquillo parodia los estilemas de la autoficción, ese seudogénero favorito del teatro contemporáneo, convirtiéndose a sí mismo en personaje que, por accidente, encuentra la clave de lo que pudo pasar con los horrendos crímenes de Alcáser. Como Javi es historiador y también dramaturgo, pero, afortunadamente, no un periodista televisivo, consigue contarnos el horror sin enfangarnos en el morbo. Y hasta es capaz de suministrarnos el humor suficiente como para que esta expedición al infierno sea, no ya tolerable, sino apasionante.

En la España de hoy se habla mucho, a todas horas, de memoria histórica. Es un concepto político sentimental y falaz, puesto que ambas ideas son incompatibles. No me parece casual que aquí se prefiera la memoria, puesto que es subjetiva y puede uno hacer con ella lo que le dé la gana sin mayor responsabilidad. Personalmente, me declaro partidario radical de la historia. Y me alegra profundamente que haya dramaturgos como Javier Sahuquillo que no han renunciado a ella.

**marzo de 2018**